



# Reseñas Críticas

A propósito de Enzo Traverso, **Melancolía de Izquierda. Marxismo, historia, memoria**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018, 416 pp.

La historia de la melancolía es tan vieja como la melancolía misma. La izquierda, como pensamiento político y eventualmente estético es más reciente, pero igualmente antigua. A la inversa, la conjunción de una con la otra –de la melancolía con la izquierda– es flamante, sus rasgos son más contemporáneos. La novedad reside entonces en retomar esas dos nobles tradiciones cuando no parecen estar en su mejor momento. Lejos de esas sensibilidades, la figura triunfadora de nuestra época es la del emprendedor, la de la proactividad. Esta es la época de los emprendedores, incluso en el arte y en la literatura. Es la época de los proyectos, de la pragmática, de los cronogramas de trabajo (deberíamos prestarle mayor atención a la moda de las series, comics, films sobre zombis. El zombi es el lado B del emprendedor, una cámara oculta que accede a su intimidad). La época del emprendedorismo llama la abolición de la melancolía. Como a las drogas, a las que se prohíbe porque atentan contra la eficiencia laboral, la melancolía funciona como un palo en la rueda del espíritu de época.

Vayamos un momento hacia atrás. Si se observa **Melancolía** –el grabado de Dureuro de 1514, sobre el que Traverso escribe varias páginas notables–, ¿qué vemos? Solo una mujer (acompañada de un perro y un putto, el mediador entre la esfera terrenal y celestial). La obra –mucho más compleja que esta sucinta descripción– ha dado cabida a múltiples interpretaciones. Esta es la que a mí me interesa: el melancólico está solo. Al contrario, el interés del libro de Traverso reside en colocar a la melancolía como parte de un movimiento

colectivo. No es cualquier melancolía, es la melancolía de izquierda. ¿Es entonces **Melancolía de izquierda**, un libro optimista, pesimista o incluso melancólico, como indica el título? Todo a la vez. En todo caso es un ensayo lateral a los intereses centrales de la obra de Traverso –del nazismo y las tradiciones judías a la pregunta por la historia y la memoria–, pero que a la vez se interceptan con ellas de un modo subterráneo, radial. Traverso es un historiador e intelectual, preocupado por la deriva reaccionaria de nuestra época (entre ellas la del propio judaísmo: **El final de la modernidad judía. Historia de un giro conservador** es otro de sus libros notables) y, por oposición, también atento a la cultura de izquierda a la que pertenece. De la izquierda entendida como un conjunto de derrotas y fracasos. Pero también de luchas impostergables, antes y ahora (ahora más que nunca). En la desembocadura de esa tradición, la melancolía por lo que pudo ser y no fue, por lo que estuvo a punto de ser y no llegó a serlo, por lo que llegó a ser traicionando lo que debió haber sido, forma ya parte del bagaje intelectual del pensamiento emancipador. La melancolía, pensada bajo el signo de Saturno, no es el *spleen*, tampoco la depresión, ni mucho menos la resignación. Es la tradición oculta que templó el ánimo para los combates del presente.

Se puede rastrear la novedad de Traverso en diversas esquirlas de la producción francesa reciente. Recuerdo un número de **Lignes** dedicado al “Odio de la nostalgia” (Nº 35, octubre de 1998. “*Haine de la nostalgie. Irréductibilité politique de l’art*”), en la que Jean-Luc Nancy define a la época del odio a la nostalgia como la que “corta la palabra a la palabra”. Es decir, la época que deja a la izquierda sin palabras. Sin palabras incluso para expresar la melancolía. Más cercano en el tiempo, son los

libros y proyectos curatoriales de George Didi-Huberman. Traverso menciona muy elogiosamente la lectura que Didi-Huberman realiza de **El acorazado Potemkin**, que lo lleva, unas páginas más adelante, a una conclusión cercana a la de Nancy: “El discurso normativo actual que postula la democracia liberal y la economía de mercado como orden natural del mundo, estigmatiza las utopías del siglo XX y no deja ningún lugar para la melancolía de izquierda. La toma simplemente como culpable”. La frase está escrita en la última página del libro. No es casual: comprender a la melancolía como parte del recorrido de la izquierda (“como una sombra que sigue los pasos de la revolución”) es una conclusión política. O más aún: una tarea política. Dar visibilidad a esa “tradición oculta”, retomando los términos de Hannah Arendt, se vuelve imperioso para cualquiera de las nuevas formas que adquiera la izquierda.

Las nuevas formas que toma la izquierda es un asunto importante para Traverso, porque con él comienza el libro. Y también con un diagnóstico oscuro sobre “los nuevos movimientos (...) que proclaman que ‘otro mundo es posible’”. El problema reside en que “no pudieron, a diferencia de otras generaciones huérfanas que los precedieron, inventarse una tradición”. La condición de la izquierda hoy es la de ser doblemente huérfana: huérfana como resultado de las derrotas del siglo XX, huérfana por no poder inventar su propia tradición, es decir, su propia melancolía. Un principio de constelación se establece cuando Traverso cita la idea de Erri de Luca según la cual “a diferencia de Marx, no compara la revolución con el asalto al cielo, sino más bien con el descenso al mundo subterráneo de los muertos”. Y luego a Judith Butler, quien casi con un lejano eco lacaniano, lo resume de otro

modo: “se trata del efecto transformado de la pérdida”.

No en Lacan, por supuesto, pero sí en los términos de Freud, Traverso encuentra una de las frases más potentes para ir al grano de la cuestión: “Se podría definir a la melancolía de izquierda como el resultado de un duelo imposible: el comunismo es a la vez una experiencia terminada y una pérdida irremplazable, en una época en la que el fin de las utopías impide la separación del ideal perdido así como la transferencia libidinal hacia un nuevo objeto de amor”.

Damián Tabarovsky

---

A propósito de Horacio Tarcus, **La biblia del proletariado. Traductores y editores de El Capital**, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2018, 128 pp.

Apresentar a circulação e difusão da mais importante obra de Karl Marx na língua espanhola foi o desafio enfrentado por Horacio Tarcus. Sua expertise no tema, sua experiência em bibliotecas e arquivos, seus sólidos conhecimentos da História do Livro e sua erudição já bastariam para garantir o sucesso da investigação.

A estrutura do livro parece simples. Apresenta a edição príncipes do texto, as edições alemãs, as primeiras traduções, as versões ao espanhol, os resumos populares e a presença atual de O Capital no mundo hispano-americano. Mais de 50% da obra é dedicada ao terceiro capítulo em que se narra o périplo de tradutores e editores que produziram as versões ao espanhol.

O autor apresenta com cuidado e respeito os tradutores de **O Capital** desde Correa y Zafrilla, o pioneiro argentino Juan Justo, Wenceslao Rocés, Vicente Romano, Manuel Sacristan, Cristian Fazio até a mais ousada e bem-sucedida tradução feita pelo

uruguaio Pedro Scaron. Descreve tiragens, capas, formatos dos livros, edições, a trajetória dos editores e dá uma atenção ainda maior para as disputas entre os tradutores. Tarcus traz curiosidades como o sociólogo colombiano Erick Pernet Garcia que teve a paciência de escrever um livro de mais de trezentas páginas em que listou 504 erros tipográficos ou de tradução de Wenceslao Rocés.

Tarcus se utiliza com maestria dos paratextos editoriais. Para esclarecer alguma edição ele recorre ao manuseio das obras e à sua experiência como bibliófilo. Um exemplo está relacionado à ofensiva cultural do Partido Comunista Argentino nos anos 1950. Cartago, editora ligada aos comunistas, lançou uma edição de **O Capital** em 1956. Fechada pelo Governo Frondizi, reimprimiu a obra em 1960 sem nenhuma informação que indicasse se tratar de uma nova edição. Tarcus nos informa que a segunda tem formato menor e “tapas de cartoné color marron”. Ademais, acompanhava a nova edição um índice de temas.

Embora pareça algo simples, apenas um pesquisador que vai além da leitura da bibliografia e dos catálogos e une a investigação com a frequência de muitos anos a livrarias, alfarrábios e bibliotecas pode ter a sensibilidade que Tarcus possui para os detalhes de um exemplar ou de uma edição. O traço mais marcante de Tarcus é a capacidade de combinar a fortuna crítica, os tradutores, o movimento editorial e a conjuntura política de cada período da difusão de **O Capital**.

Para a América Latina (e Argentina em particular) a cultura marxista floresceu com mais força nos anos 1960 e isso determinou sucessivas iniciativas editoriais que refletiam as posições das casas editoriais, dos partidos políticos e a eclosão dos vários marxismos na Europa. Desde a Revolução Russa até 1967 **O Capital** teve 167 edições em 18 idiomas. A editora Dietz, de Berlim Oriental, imprimira mais de 300 mil cópias.

Somente naquele momento os tradutores e editores puderam levar em conta que **O Capital** era um projeto de uma obra inacabada e sujeita a decisões que poderiam romper o padrão editorial de três volumes estabelecido por Engels. Para isso contribuiu a edição das **Oeuvres** de Marx por Maximilien Rubel e, na Argentina, a tradução de **O Capital** pelo uruguaio Pedro Scaron. Entre as inovações discutidas por Tarcus destaca-se a mudança do consagrado termo plusvalia por plusvalor (*Mehrwert*).

No Brasil essa polêmica só apareceu cerca de quarenta anos depois quando a Boitempo Editorial de São Paulo lançou a terceira tradução brasileira de **O Capital**. A editora tem realizado um importante trabalho de publicação das obras de Marx e Engels diretamente do alemão, embora a nova tradução esteja longe de ser superior às anteriores. O novo tradutor escolheu o termo *mais-valor* em português (*plusvalor*).

Uma outra coincidência com a Argentina do início dos anos 1970 é que a nova edição brasileira incluiu a advertência que Althusser escreveu à edição da Garnier – Flamarion de 1969. O auge do marxismo estruturalista no Brasil também ocorreu dos anos 1960 até meados dos anos 1970. A publicação do texto de Althusser na edição brasileira quarenta anos depois daquela edição argentina não é um acaso e sim a volta da influência do marxismo estruturalista sobre alguns intelectuais brasileiros no início do século XXI.

Cada grupo que organiza uma tradução como a de **O Capital** pode ter suas inclinações políticas, como a pesquisa de Tarcus revela frequentemente: uma edição alemã de 2009 da Anaconda trouxe um prólogo de Karl Korsh de 1933, por exemplo.

No clímax do althusserianismo “La autorización ya no provenía de Moscú, sino de París. No la garantizaba el Instituto Marx-Engels-Lenin, sino el pequeño circu-